

de su población, no debilitado por emigración alguna, atestigua su prosperidad. Sus recursos generales aumentan con una celeridad sin precedentes. Desde hace quince años, una intensa vida municipal ha cambiado totalmente el aspecto de sus ciudades, haciéndolas irreconocibles. Ella acumula millones mediante las economías de los más humildes, aplicándolos a empresas cada día más numerosas. Sus ventas en los mercados inglés y francés aumentan. Sus diarios, revistas y periódicos fuman, desde una generación, el incienso que ella quema ante sí misma sin cansarse. ¿Y es este el momento elegido por algunos socialistas para gritar que se la estrangula; que se halla en el caso de legítima defensa; y que sus clases obreras deben acudir en auxilio de una Alemania tan aplastada? Pero ¿por quién nos toma para creernos impresionables ante tales amenazas? Bismarck sólo hubiera encontrado la palabra necesaria, porque él sólo sabía emplear estratagemas de igual cinismo: "Se nos toma por un Parlamento", y por un Parlamento alemán.

Gerardo Hildebrand habla de reparto "socialista" del dominio colonial. Pero entonces, y en nombre de ese socialismo singular ¿de cuáles otros bienes no se podría igualmente exigir un nuevo reparto? Poco nos faltará para que los cinco mil millones que la Francia ha cedido de su patrimonio líquido en 1871, sean presentados como una medida de socialización; y en efecto, el socialismo revisionista, sin exceptuar el de Bernstein, habla de los acontecimientos de 1866 y 1870, como de una revolución probablemente proletaria. Hildebrand traza un cuadro de los dominios coloniales de los estados europeos: los kilómetros cuadrados devueltos a Alemania le parecen pocos. ¿Por qué no hacemos lo mismo, pretextando la pobreza de nuestro subsuelo en carbón y en hierro? Quizás los principios "socialistas" de Hildebrand nos autorizarían a pretender las minas de Bélgica y alguna compensación sobre la Ruhr. ¿Puede nuestra población desarrollarse sin las riquezas del suelo que han hecho posible la expansión demográfica de Alemania? ¿No somos más bien nosotros los estrangulados, debido a la diplomacia y a los acontecimientos seculares que nos han negado esas fronteras naturales perseguidas hasta el Rhin por la política de nuestro antiguo régimen y la Revolución Francesa? Nosotros, sin embargo, hemos renunciado a ella. Poco importa que este renunciamiento haya sido determinado por razones de prudencia. Manteniendo en los Vosgos una barrera que la misma Alemania no se atreverá

a atacar, hemos logrado fundar un imperio colonial, que nos permite tratar sobre un pie de igualdad con las potencias mejor favorecidas económicamente. ¡Y este imperio colonial, que nos ha costado miles de millones, sangre y esfuerzos científicos, se pretende que lo "repartamos" con los países más prolíficos de la Europa industrial! Eso puede pasar como humorada tudesca, pero no dejará de aumentar entre nosotros esa repugnancia a la "camaradería" alemana que se ha ido fortaleciendo en todos nuestros congresos nacionales (1).

Que no se me tilde de exagerado. Para Hildebrand la cesión del Congo es un "paliativo". —("Notbehelf").

"Las increíbles desproporciones existentes en el reparto del dominio colonial europeo, deberán desaparecer. Las legítimas reivindicaciones de los estados hasta aquí menos favorecidos, deberán ser puestas en evidencia y reconocidas por los demás estados." ("Hildebrand", o. cit., página 27).

De lo contrario vendrá la guerra. Austria-Hungría, debido a su fuerte natalidad, tendrá derecho a despojar a Turquía en Europa y Asia Menor. Pero hay otros países ya señalados como víctimas. Sería insensato dejarle a Portugal unas colonias que desde hace siglos demuéstrase incapaz de hacer prosperar. Alemania (que menos de cincuenta años atrás no había logrado prosperar ella misma) asumirá una especie de tutelaje de las naciones rezagadas, y asegurará virtualmente la prosperidad de Angola o Mozambique anexándolos. Para amansar a Inglaterra, tutora secular de Portugal, le arrojará una piltrafa.

Sin duda alguna se le ofrecerá una indemnización a la república portuguesa. Pero ¿si por dignidad la rechaza? Entonces será la guerra y Portugal se quedará sin las colonias y sin la indemnización. Francia tendrá que ceder a Ita-

(1) Ya Aristides Briand decía en el Congreso de Amsterdam: "Me tiene fastidiado esta *Genosserie*". (Los alemanes designan eso con el nombre de *Genossen*. Alguien pretenderá valorar los motivos que han originado el cambio de política del señor Briand. Pero hay otros que han experimentado la misma decepción ante la actitud de los socialistas alemanes. En Amsterdam, el mismo Bebel, arrebatado por su patético lealismo, había dicho que "el emperador estaba por encima de los partidos". El admirable luchador es hijo de un sub-oficial prusiano. Cuando se tiene eso en las venas, hay para rato.

lia la Somalia y Obock, y se dará por bien servida si en cambio le ceden la Guayana portuguesa. En cuanto a Bélgica y Holanda no tendrán más remedio que caminar derechito. Se las acaricia. Son más virtuosas que Portugal. Se les permitirá conservar sus colonias del Congo e Insulinde, con tal que garanticen formalmente la "puerta abierta". ¿Por qué no se dispensa igual trato a Portugal? Hildebrand no considera "socialista" que el pequeño Portugal tenga grandes colonias. Los títulos históricos no le preocupan, pues tiene la audacia de decir y creer que ellos son provisorios y pueden invalidarse en cualquier momento, cuando un pueblo tan prolífico y virtualmente activo como Alemania, necesita del dominio de los más débiles o atrasados para desarrollar sus "fuerzas productivas". Esta brutalidad no es novedosa, pues hay rastros de ella entre los plumíferos asalariados de la teutomanía corriente, aristocrática y burguesa. De ella vive la "Gaceta de la Cruz", y la liberal "Gaceta de Voss" sigue sus huellas. En el mismo sentido delira el profesor Hans Delbrück en la "Preussische Jahrbücher", y Marx Harden, en la "Zukunft" hace su negocito azuzando con su grito frenético los chauvinistas del imperio. Pero hasta hoy no se había tenido el descaro de presentar como socialismo semejantes brutalidades.

CARLOS ANDLER

(Continuará)

La cuestión agraria

El movimiento de emancipación proletaria, visto, desde que rebasó los límites de los centros fabriles por su desarrollo político y gremial, frente a graves problemas planteados por la producción del campo.

Con una clara táctica nacida de su teoría de la evolución capitalista, érale necesario verificar ésta con la producción agraria, para ratificar o rectificar aquélla. La cuestión era eviden-

temente delicada pues una modificación de su política podía importar una rectificación de sus finalidades.

No se ha llegado aún en los diversos partidos en que esta cuestión se ha planteado a uniformar la política agraria de los mismos. Por el contrario, las divergencias de táctica amenazan convertirse en divergencias de principios. El socialismo revisionista, cuya corriente sigue nuestro partido, ha encontrado en la economía rural nuevas fuerzas para afirmar que "el movimiento es todo" y embarcarse en su política de pequeños beneficios a base de pequeñas transgresiones.

Exponer brevemente algunas ideas sobre la debatida cuestión, es nuestro propósito.

I

La tendencia de la producción agraria

Afirmase por muchos que la concentración de la producción, evidente en la industria, no se verifica en la agricultura, y que, por el contrario, hay en ésta una tendencia hacia la descentralización.

Unas estadísticas indican, en efecto, que, en muchas partes, el número de las pequeñas explotaciones agrícolas aumenta, aunque débilmente, disminuyendo el de las grandes, y que la superficie media de todas las explotaciones decrece. Otras, por el contrario, evidencian el fenómeno opuesto.

El último censo del trabajo levantado en Alemania en 1907, indica que mientras las explotaciones de menos de 2 hectáreas, de 2 a 5 y de 5 a 20 hectáreas aumentaron, comparadas con las existentes de 1882, en 10,3 o/o, 2,5 o/o y 15 o/o, respectivamente; las de 20 a 100 y mayores de 100 disminuyeron en 6,9 y 5,7 o/o. Sin embargo, es de notar que estas explotaciones, si bien débilmente, aumentaron en el período comprendido entre los censos de 1882 y 1895.

El siguiente cuadro estadístico da idea clara del número y la distribución de las explotaciones en Alemania en los años de los tres últimos censos:

Número de explotaciones 1882-1895-1907

Superficie	1882	1895	1907	Aumento (+) o Disminución (-) sobre 1882
Menos de 3 hect.	3.061.831	3.236.367	3.378.509	+ 361.678 o sea + 10,3 %
De 2 a 5 hect....	981.407	1.016.318	1.006.277	+ 24.870 " - 2,5 "
De 5 a 20 hect...	926.605	998.804	1.065.539	+ 138.934 " + 15, "
De 20 a 100 hect.	281.510	281.767	262.191	- 19.319 " - 6,9 "
Más de 100 hect.	24.991	25.061	23.566	- 1.425 " - 5,7 "
	5.276.344	5.558.317	5.736.082	+ 459.738 o sea + 8,7 %